



www.loqueleo.es

© Del texto: 2026, Mónica Rodríguez
© De las ilustraciones: 2026, David Pintor
© De esta edición:

2026, Sanoma Educación, S. L. U.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Educación, S. L. U.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-84-9122-649-9

Depósito legal: M-92-2026

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: marzo de 2026



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Sax, el fantasma

Mónica Rodríguez

Ilustraciones de David Pintor

loqueleo

La caja

Todo empezó con aquella caja. Pierre la había encontrado en el almacén de un anticuario que iba a cerrar. Le habían dejado husmear y llevarse por un precio ridículo lo que le interesara.

Le interesó la caja.

A veces me pregunto qué habría pasado si no la hubiera traído. Desde luego, mi vida sería más tranquila, sería mejor. No llevaría este peso que me aplasta. El mundo podría desmoronarse y yo estar tranquilamente comiendo huevos fritos. No es que me gusten mucho los huevos fritos, eso es lo de menos. Lo que quiero decir es que yo no sería responsable de nada. Pero lo soy.

A veces odio a Pierre por haberla traído.

Pierre es mi padre.

La dejó en su despacho sobre la mesa.

—¿Quieres ver qué hay dentro, Simon? —me preguntó sonriente, casi travieso y, sin duda, orgulloso de su hallazgo.

8 Como respuesta me acerqué hasta la mesa y observé cómo sus manos abrían los cierres. Clac, clac. Levantó la tapa y allí estaba. Bueno, era otro viejo instrumento más. Pierre colecciona instrumentos de viento, tiene todo el despacho lleno de clarinetes, oficleides, tubas, trompetas, saxofones. Y allí dentro había otro. Era más viejo que los demás, o puede que no. A mí no me pareció que fuera especial. Sin embargo, Pierre lo sacó del estuche con sumo cuidado. Se había puesto unos guantes blancos y lo acariciaba como si fuera su hijo. Envidié aquel trasto.

—¿Te das cuenta?

No, no me daba cuenta.

—¡Claro! —dije.

Abrí mucho los ojos, tratando de no pestañear. Si lo hacía, igual me quedaba dormido de

aburrimiento. Pierre hablaba y hablaba, decía algo así como «milagro» y «sonido de Sax», e intercalaba ¡oh!, ¡ah!, ¡increíble!, ¡bárbaro!, ¡pasmoso!, y yo asentía mientras miraba aquella vieja campana de latón, las llaves redondas, el cuello curvo y la boquilla de caña del instrumento, y notaba que mis ojos se empezaban a emborronar. Podría decirse que era un instrumento hermoso en su vejez. No brillaba y era amarillo pálido, casi plata. Tenía alguna abolladura, pocas. En la pared de la campana («el cuerno» lo llamaba Pierre) había una inscripción: letras ininteligibles y una S entrelazada a una A, un sello por el que Pierre parecía perder la cabeza. Ah, y un número:

2663.

Estaba fechado en 1846.

—¿Te das cuenta?

Los ojos de Pierre brillaban entusiasmados.

Asentí, qué otra cosa podía hacer. Tragué un bostezo. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Pierre lo malinterpretó y me miró con ternura.

Me encogí e hice mucha fuerza para no bostezar de nuevo.

—Sé que te gustaría tocarlo.

En absoluto.

—Aún suena como el primer día y eso que es el saxofón más viejo del mundo, que sepamos.

O sea, un cacharro.

10

—Su sonido es claro, lírico, mucho más flexible y delicado que el de un barítono moderno.

Pues vale.

—Puedes tocar cualquier instrumento de casa, Simon. Estás avanzando mucho en tus lecciones y eso me alegra. Pero atiéndeme bien, puedes tocar cualquier instrumento de casa, excepto este.

Ahí empecé a interesarme.

—Oírlo tiene que ser impresionante. Sería como el sonido que escuchó la primera persona que oyó tocar un saxofón. ¿No es extraordinario? Pero es demasiado valioso, demasiado delicado para que tú..., ¿entiendes?



Entendí.

—Así que de ningún modo..., ya sabes. ¿Me has oído?

Sí, le había oído.

12 Pierre devolvió el instrumento a su caja como si fuera un recién nacido al que se acuesta en su cuna. Abrochó los cierres. Clac, clac. Y lo dejó en el estante. En el más alto. Después me agarró del hombro y salimos del despacho con el corazón encogido de la emoción. Todo se contagia. Antes de cerrar la puerta, miré hacia atrás. En ese momento supe que volvería.

Ojalá no lo hubiera hecho.

2663

Tenía todo el día por delante. Estaba de vacaciones, pero Pierre trabajaba. ¿Qué se supone que iba a hacer? ¿Quedarme quieto con mis tebeos y mis deberes, solo, en mi cuarto, mientras en el despacho de Pierre estaba la caja?

13

Sigiloso, como si mi padre pudiera oírme a pesar de que trabajaba a las afueras de París, me acerqué al despacho. La persiana estaba a medio bajar y el sol entraba partido, esparciéndose en la oscuridad y confiriendo al cuarto un aspecto misterioso. Los viejos instrumentos parecían cobrar vida, repentinamente iluminados, elegantes, con sus tubos retorcidos, sus campanas, sus llaves y sus boquillas. Y allí, en lo alto del estante, el estuche de 2663. El saxofón prohibido.

Me subí a la silla y cogí la caja. Pesaba como un muerto y a punto estuve de descalabrarme. Habría sido un infortunio, pero, con todo, hubiera sido mejor que lo que ocurrió a continuación.

14 Coloqué el estuche sobre la mesa. Miré alrededor como si pudiera verme alguien. Sonreí nervioso al resto de instrumentos, que parecían observarme desde su quietud de años.

Clac, clac.

Ahora que no estaba Pierre podía reconocerlo. Era verdaderamente una porquería de trasto: viejo, grande, aunque, de alguna manera, también hermoso, con llaves redondas, el cuello doblado sobre sí mismo y una boquilla parecida a la de los clarinetes. Lo saqué, hice una reverencia a mi público imaginario y apoyé el labio inferior en la caña. Tomé aire, cerré los ojos y soplé.

Una explosión de sonido metálico llenó el despacho. Bueno, tampoco era un sonido del otro mundo. Soplé de nuevo y presioné varias

llaves. Tenía algo que lo hacía diferente al sonido del saxofón con el que yo estudiaba. Un sonido en bruto, tal vez menos elegante, pero vibrante, fuerte y lleno. No estaba nada mal. Toqué entonces unas escalas en aquellas llaves que diferían algo de las de mi nuevo saxofón. Me salió algún pitido tembloroso, incluso desafinado, pero conseguí subir y bajar por los acordes. Modularlos. Era, desde luego, un gran sonido. Empezó a impresionarme. Repetí las escalas. Tenía algo estremecedor, algo que parecía salir de una garganta humana. Un matiz misterioso. Incluso sobrenatural.

15

¿Qué había dicho Pierre? Que era el saxofón más viejo del mundo, una de las primeras versiones del instrumento. Su sonido era el que se había escuchado por primera vez, escandalizando a unos por su voz carnal, fascinando a otros por su timbre y su originalidad. ¿Era eso? Bien, toqué una cancioncilla que me sabía para comprobar todo aquello. Pero entonces aquel viejo instrumento dejó de sonar, como

si hubiera algo que obstruyera la campana. Soplé con fuerza, insistí. Me puse colorado, inflé los pulmones y arrojé la mayor bocanada de aire que pude.

Entonces sucedió.

16 Un estallido metálico rompió el aire y, de la campana, salió un viento empolvado que fue tomando forma hasta convertirse en algo parecido a un hombre.

De la fuerza que había hecho al soplar, me caí de espaldas y lo vi todo desde el suelo, sobrecogido.

Aquel hombre, o lo que fuera, acabó de sacar el pie de dentro del tubo del saxofón y se sacudió cuidadosamente el traje de chaqué oscuro. Se acicaló el lazo atado al cuello, trató de peinarse la abundante y revuelta cabellera, y miró alrededor. Era alto, imponente. Tenía barba negra y unos ojos claros y penetrantes.

—Santo Dios, ¿qué manera de tocar es esa?
—dijo por todo saludo y me clavó aquellos ojos que desprendían una luz loca y firme, como de



espíritu romántico o de genio creativo o simplemente de chiflado. Unos ojos arrolladores.

Yo estaba tan aterrado que no era capaz de moverme.

18 Pestañeeé varias veces. Me pellizqué. Me froté los párpados. E incluso me escupí en un pie. No soñaba. El hombre seguía allí. Paseó su vista con gran interés por la colección de instrumentos de viento de Pierre.

—Oh, veo que hay aquí un inútil fagot y hasta un oficleide. Debes saber que este instrumento emite uno de los sonidos más desagradables de la naturaleza. Me congratula, no obstante, no ver ningún cornófono ni ningún sarrusofón. ¡Ja!

Aquello pareció llenarle de alegría. Y se puso a hablar al aire como a espíritus que yo no era capaz de ver.

—¿Ahora qué, Pierre-Louis Gautrot? ¿De qué te sirvió tener la fábrica de instrumentos más grande de Francia? Ja, ja. Tus sarrusofones han desaparecido, tus burdas copias de mis

saxofones. ¿Y tu cornetita dónde está, Gustave-Auguste Besson? ¿Eh, eh, dónde está tu cornetita?

Orgullosa, se volvió hacia mí y su enérgica mirada me atravesó.

—No sabes, jovencito, lo que esos dos señores intentaron hacer conmigo. ¡Desacreditarme! ¡Arruinarme! Y todo por envidia. Ninguno de ellos pudo con el mejor instrumento inventado en el siglo XIX. Y, si me apuras, el mejor instrumento de viento de toda la historia. Ese sonido nuevo, único, con esa extraña resonancia al borde del silencio que tanto alabó el gran Hector Berlioz.

19

Miró hacia arriba y sonrió satisfecho, incluso enternecido.

—¡Gracias, Hector!

Yo me eché a temblar.

—¿Pero están todos esos aquí?

—¿Quiénes?

—El tal Pierre-no sé qué y ese Gustave-no sé cuántos y el compositor ese, Berlioz —castañeteé mirando a todos lados.

El espectro sacudió la mano.

20 —O no, no, no. Ni el señor Gautrot ni el señor Besson se atreverían a aparecerse ante mí ni muertos. Porque muertos y bien muertos están. Como el pobre Hector, enterrado en el cementerio de Montmartre de París. La vida es un suspiro, jovencito. Por eso hay que hacer que ese suspiro valga la pena. Convertirlo en música, por ejemplo. Inventar el mejor sonido como yo he hecho. El sonido de Sax.

Hizo una pausa teatral, dio un paso hacia mí y sonrió. Yo gateé de espaldas para alejarme de él. Sentí que la sangre huía de mi cuerpo. Él abrió los brazos como queriendo acoger a un público imaginario y exclamó:

—¡Saxofón! El sonido de Sax. ¡Mi sonido!

Volvió a sonreír orgulloso e hizo una pequeña reverencia.

—Supongo que ya habrás adivinado quién soy.

Negué y afirmé a un tiempo con el corazón paralizado.

—Exacto, soy el inventor del saxofón: ¡Adolphe Sax!

—Pero ese señor está... está muerto...
—Espantado, me tapé la boca con las manos y luego los ojos. Abrí los dedos y lo observé entre las rendijas, con terror—. Entonces usted es... es... un... fan... fan...

El hombre sacudió la cabeza, afligido. Se encogió de hombros y apretó los labios entre la barba negra. Sus cejas espesas, oscurísimas, parecieron cobrar vida en aquella frente ancha. Subieron, formaron un arco para bajar de nuevo y casi rozarse a través del ceño.

—Exacto, soy un fantasma. Lo sé.

Suspiró con hondura. Se sentó en la silla de Pierre y apoyó la mejilla en la mano apesadumbrado.

—Y, si tú no lo remedias, puede ser peor.

¿Yo? ¿Qué tenía que remediar yo? ¿Y qué podía ser peor que lo que acababa de ocurrir: ver salir a un espectro de la campana del saxofón

que tu padre te ha prohibido tocar y que, sin embargo, estás soplando tan ricamente?

Pero en eso aquel fantasma de Adolphe Sax tuvo razón. Todo podía ser peor.

Y lo fue.